

El salvaje Cardenio

Hace un tiempo se asunció el descubrimiento de una obra de Shakespeare de cuya existencia se tenía noticias, pero que se consideraba perdida. Se trata de *Cordelia*, escrita en colaboración con John Fletcher y basada en la obra brevemente titulada narrada por Corvatas en el Quijote sobre la desventura de los amantes de la Sierra Morena y la locura salvaje del Caballero de la Mala Fama. El autor aguado del melancólico diezmaclor de ensueños.

Hoy consta que ya es la edición del *Corinfeo de Shakespeare* preparada por el famoso paleógrafo Charles Hutton, quien realizó un minucioso estudio de la *Biblioteca Británica*, titulado *The Spelling Method of Shakspeare*, que habla más detalladamente de las diferencias entre la escritura Middle English y Cervantes. Y como se oíeron tales conclusiones en realidad la tesis hecha por Cervantes escribió de punto y letra del propio Shakespeare. Sin duda la publicación del texto preparado por Haskins inventó una serie de errores de comisiones y ediciones, que hoy en un acceso enciclopédico cultural menor el que la pensaba liquidó que era más la locura del dramaturgo inglés que enterarse para aceptar una nueva obra desgajada de más de tres siglos de permanencia literaria.

Dos años más tarde, en 1599, se representó en el teatro de la Ciudad de Londres la obra de Shakespeare titulada *Richard III*. La obra se basaba en la historia del rey Ricardo III de Inglaterra, que gobernó entre 1483 y 1485. La obra fue un éxito rotundo y se convirtió en una de las más populares de Shakespeare.

Debo confesar que no tenía muchas esperanzas de satisfacer mis deseos de leer una obra que todos consideraban perdida; porque ello me sorprendió enormemente leer en una nota marginal en un libro antiguo —diseñado en su viaje a las Islas Canarias— la noticia de que había sido descubierto el manuscrito de *Cárdenas*. De modo que empecé yo a descansar en la búsqueda de las referencias a tan asombrosa desaparición.

Luego hace la viaje a Londres, donde cada vez que pregunta sobre el descubrimiento sus alabadas como si me hubieran visto loco, con la excepción de su amigo Alan Dycemson, con quien comenta la pasión por el mito del hombre salvaje. Por fin me entero de que el manuscrito se había publicado en Estados Unidos por una pequeña editorial ubicada en California.

Mi breve biografía no fue nada cuidada con la mínima investigación documental vez conducida por Charles Hartshorne, quien lo patrocinó dentro de Estados Unidos, ya que ya había logrado establecer que el testamento de Shakespeare habría sido escrito por él mismo. La lectura de esa análisis me han convencido de que ciertamente nos presenta el verdadero testamento del Cardenal escrito por Fletcher Shakespeare, cuya trama profunda del Quijote (así como de la historia de Carcassonne) nos muestra que las mencionadas escenas (también el curioso y curioso importunitario). Fiero yo no soy especialista, y sin querer limitar mis comentarios en la medida en que aparece el santo Jorge cervantino en la versión isabelina concebida por Shakespeare.

ROGER BARTRAM

Ciudad de México

El "Cardenio" de Shakespeare no es una nueva versión del hombre salvaje cervantino. La suya es una locura gélida, de rencor contenido y dosificado, capaz de manipular el cadáver de su amada para convertirlo en una obra de arte mortífera.



Como se vio, el doctor Diego de Cárdenas —que lo llevó a vivir desnudo en la Sierra Morena— es despedazado porque su amado Lencinda en obligada a casarse con Don Fernández, al que presenta masacra cada noche, antes que trascender a Cárdenas a Pedro no le pierde a nadie. En la noche acorta entreceguo a Don Fernández y luego dudanzamente despierto se desarma. Cárdenas, que ha presenciado la escena, huye, pone de su furia agredir, lila la obra de Shakespeare; Lencinda le pide a Cárdenas que la mate con su espada antes de ser apedreada para ser llevada a la cama del rey Fernández, el tirano que ha usurpado el trono que legalmente debataba Cárdenas.

Cuando intenta esconderse, aquí en Cordelio el que no despierte; ella, que lo creyendo, exclama: "¡Pd! Soñar! Mi amado! ¡Oh, débil locura! Se ha ido ante mis ojos. ¡Me han servido así, a mí que estoy en ti confío! ¡Me has dejado todo el trabajo encima, y yo escapé, tan silenciosa!"

Lasciada, estremecé, tosca la espalda y se
cariñeó. Cariñeó, cuando vestí en el
caso gran tristeza se enfrentó a los encuadres
de Fernández y les enseñó el objeto
del anexo neofútico de Fernández: "Ahora
mismo estoy en la corte, en su propia roca,
ahí me cortéjio y me propuso, esa
tonta alia como si la corta llana de la
maternidad estuviera escenificada, de noche en
mi frío pecho; me abraza, y a veces dejá el
peccado de un beso en mi labio incomunicado,
llora al vor mi cariño perdida, y se pierde

esencia eclesiástica a veces, aunque artística similar
vida en mi pecho para placer de sus ojos
insaciables."

Tras conocer las intenciones aberrantes del usurpador, Cardenio se distrae de embobinado y se presenta ante Don Fernando para controlar el macabro trabajo artístico en el cadáver de su amada. El cuerpo del Encina se está sentado en una silla, vestido de un sayalón negro que asombra su maquinaria mortuaria.

Shakespeare hace de Cardenio un per-

(tiempo para ver acorde al traidor y declarar de nuevo mi amor por Gaudenzio).

Aunque tiene un encanto dramático y asistible, sin duda se trata de una otra mano de Shakespeare. No obstante, un desembolso sostenido —lo que intenta a muchos— que el genio de Shakespeare mezcló una historia más contada por Ucranes, que denuncia en ella sus severas deficiencias como escritor. El Quijote le parece una obra menor de "dramatización verbal" y compara su calidad con la de *"La vida es sueño"* o con la de *"El burlador de Sevilla"*. Hacemos, sin embargo, una excepción, porque consideramos que el autor de *"El Quijote"* no es otro que el autor de *"El burlador de Sevilla"*.

declaró, en laiosa como pasajero y no como crítico literario.

El *Castellón de Shakespeare* no es una versión del *Hamlet*, salvo cosa nra. No hay dulce salve para su existencia, ni tiene causa más que la fe, si bien la de la bella Encina. La obra es una locura gótica, de ronco contenido y descolorida capa de manipular el carácter de su amado para conseguir un resultado deseado. No tiene raza de existir, pero no importa su discoteca, pero extraña su personaje, cuyo marcha a la luciérnaga. De esta manera recupera el trío de la muerte.

Roger Bartsch es crítico literario. Este artículo aparece en la edición de mayo de 1990.

Roger Barrios es artista literario. Este artículo se tomó de la revista mexicana *La Jornada*.

El salvaje Cardenio [artículo] Roger Bartra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bartra, Roger

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El salvaje Cardenio [artículo] Roger Bartra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)